

HOMILÍA DE MONSEÑOR MARTÍN FASSI EN LA MISA EN MEMORIA DE MONSEÑOR MIGUEL ÁNGEL D'ANNIBALE

Hace unos días, celebrábamos Semana Santa y escuchábamos de la boca de Jesús: "He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes"; quizá podamos entender mejor hoy ese sentimiento de Jesús, cuando ardientemente necesitamos reunirnos, deseamos estar juntos y reunirnos y no podemos. Cuánto hubiéramos deseado ardientemente poder despedirnos de Miguel Ángel, acompañarlo cuando estaba internado, despedirlo en su misa última, en su misa exequial, y estamos acá como queriendo decir: "Nos juntamos igual y como podemos", porque ardientemente queremos celebrar la Pascua con Miguel, como Jesús quiso compartirla con sus discípulos".

Y nos acompaña lo mismo que le ocurría a los primeros discípulos, el día en que Jesús se les aparece, nos cuenta hoy Lucas; tenían esa mezcla de estar aterrados, sorprendidos, llenos de miedo, podemos decir también de tristeza, de dolor, y por qué no de decepción, por un Mesías que no fue lo que esperaban, que no sucedió como esperaban, y de repente ese dolor se les transforma en la otra punta de la experiencia: la alegría extrema, el asombro enorme, que no lo podían creer. Esta mezcla de dolor por un lado, junto con la esperanza y la alegría de la Pascua, nos sorprenden en estos días, como lo sorprendió también a Miguel.

Es Pascua pero hay dolor. La fe no nos hace inmunes al dolor, pero el resucitado toma nuestro dolor, la fe acoge nuestro dolor en ese abrigo de Dios que nos muestra el amor hasta el extremo que es Jesús, por eso, hoy lloramos a un amigo, a un buen pastor, y está bueno llorar, como Jesús lloró por su amigo Lázaro, porque el llanto es como un homenaje al amor de ese amigo, es como un homenaje al amor de ese buen pastor. Por eso está bueno llorar, como también está bueno alegrarnos en la esperanza; una alegría serena que sabemos que va a ir invadiendo el corazón porque así como a Jesús, a nosotros nos atraviesa en la muerte, también nos atraviesa la vida, nos sobrepasa el misterio de la muerte, y también nos sobrepasa el misterio de la vida, eso es la Pascua.

Para convencernos de esto, Lucas se esfuerza mucho en describir cómo es esta experiencia del resucitado Jesús se presenta con su cuerpo llagado, muestra sus manos y sus pies con las llagas, como diciéndonos Jesús que nuestra vulnerabilidad, nuestras heridas, nuestro dolor, tiene una posibilidad nueva, y puede ser transformado en una posibilidad nueva. En estos días de pandemia lo vamos experimentando, aparecen posibilidades nuevas, que quizás no hubieran salido de otra manera, o quizás sí, pero es así. El saludo de este hombre llagado, de este hombre nuevo, es el saludo de la paz, "La paz esté con ustedes", esa paz es el amor de Dios asegurado. Esa transformación es como la contaba Jesús, dolores de parto; una vez que ha nacido el Niño, el dolor es olvidado, y hasta casi es justificado: "Estuvo bueno sufrir este dolor, si fue para que esta vida nueva, este hombre nuevo aparezca en el mundo. Hoy celebramos la Pascua de Miguel, con las llagas y con la esperanza porque Miguel es un hombre nuevo, tenemos un hombre nuevo en nuestras historias personales y en la historia de la Iglesia diocesana, en San Isidro, en Río Gallegos y en San Martín.

También, es verdad, la muerte de Miguel nos sorprendió, de una manera tan repentina; ¿tenía que ser así? ¿era tan necesario que fuera tan repentina?, es la pregunta que hacían los discípulos: "Era necesario?", y Jesús le contesta: "No era necesario?", ¿qué era necesario? ¿qué fue lo necesario? ¿que Jesús sufriese?. Lo que fue necesario fue que el amor se manifestara, y el amor se manifestó, se manifestó de esa manera, podría haber sido de otra, pero fue así. Esa humildad de las cosas como son, son las que nos abren a las respuestas que no tenemos en la mano, pero que esperamos recibir.

Cuando lo internaron a Miguel, yo lo llamé por teléfono y le dije: "Ay Miguel, justo a vos te toca estar internado en esta Semana Santa, con lo que te gusta celebrar, con lo que querés la Liturgia", y él me contestó: "Sí, es verdad, pero vos sabés muy bien que tengo la mirada puesta en la Pascua"; ese era Miguel, un hombre con la mirada puesta en la

Pascua.

Su mamá me dijo que: "Nació un Viernes Santo, imagínese ese Viernes Santo como estábamos, esperando qué noticia!"; pero lo conocemos a Miguel, sabemos que era muy organizado, planificaba todo, muy prolijo: tenía que ser en la octava de Pascua, en la Octava de Pascua fue ordenado Obispo, en la Octava de Pascua Jesús lo llamó para que esté en Él plenamente.

En la misa de ayer, la misa exequial, el Obispo auxiliar, decía algo muy lindo de Miguel, el último día, antes de internarse, él predicó un retiro para la Diócesis, él notó que lo había hecho con muchísima pasión, y habló del Resucitado; su última predicación fue "Seamos signos del resucitado" esa era la mirada de Miguel; ¿intuía algo Miguel para ponerle tanta pasión a esa predicación? Quisiera que tomemos esta invitación que él nos hacía, pero que también tomemos su figura que nos ayuda a nosotros a ser signo del Resucitado. Algunos aspectos de la vida de Él que yo quisiera recordar y que cada uno de ustedes irá recordando también otras anécdotas de Miguel, queridísimo, conocidísimo, así que muchos de los que están participando de esta Misa tendrán algún lindo recuerdo; podemos ir tejiendo esos recuerdos para reconstruir su rostro, que quede sereno en nuestro recuerdo, en nuestras mentes.

El mismo Jesús termina hoy en el Evangelio diciendo: "Ustedes son testigos de todo esto"; ¿qué es esto Miguel?, y Miguel nos muestra con su vida entregada. Si hay algo de lo que estamos convencidos es de que fue testigo Miguel para nosotros, es de que fue un hombre, un amigo y un pastor de corazón bueno; Miguel era bueno, pero bueno de verdad, y eso lo vemos no solamente en sus gestos, sino también en su pensamiento; Miguel siempre pensaba de una manera positiva; era de un pensamiento sin doblez; nunca pretendía engañar, su pensamiento transparente, podía uno conocerlo tal cual. Ese corazón y esa mente, ese corazón de Jesús, la mente de Jesús, del resucitado, testigo de esto. Miguel también nos ayuda a ser testigos del resucitado, por su testimonio de entrega permanente, de su entrega generosa y alegre.

En nuestra Diócesis de San Isidro, prácticamente no debe haber comunidad por la cual Miguel no haya pasado ni haya dejado huella, sobre todo porque acompañó momentos difíciles de diversas comunidades, y recuerden como acompañó, fue maestro, fue enseñando, con mucha paciencia, con muchísima pedagogía; muchos me dicen: "Miguel me enseñó, Miguel fue mi profesor, Miguel fue mi maestro", también fue así él en las Diócesis de Río Gallegos y de San Martín. Es como que en su entrega, no se entregaba a todos, Miguel se entregaba a cada uno, de un modo muy personal.

Otras cosas de Miguel, "Miguel el misionero", le encantaba agarrar la camioneta y recorrer esos largos kilómetros en el Sur; para mí que ahí honraba a su papá, Lido, con su camioneta; un guiño para los de los primeros tiempos, ¿se acuerdan del Móvil Primavera en la peregrinación a Luján?, y Miguel con la gorra, manejando el Móvil Primavera.

Y esto era lo lindo de Miguel, le ponía onda, sabor de familia a toda situación o acontecimiento; bien tano, un tano bueno, laborador, y un tano amante de la familia, y quizá por eso tuvo Miguel algo que lo caracterizó mucho que es la liturgia, porque a mí me parece que él encontró en la liturgia la capacidad de reunir, de convocar, de celebrar, de dar gracias, con una capacidad pastoral para la liturgia, admirable de la cual muchísimos curas hemos aprendido.

Ayer, monseñor Casaretto nos recordaba también: "Miguel fue de esas personas que nos muestran a Jesús, su santidad fue de las santidades cotidianas; Miguel fue un Santo de la puerta de al lado, por eso le podemos rezar hoy".

Nos unimos a la oración de Jesús, queremos darle gracias por la vida de Miguel, y nos unimos también a la oración a Miguel, que como él ya en esta caravana hacia la vida nos precedió, nos vaya mostrando el camino.

Querido Señor Jesús, sos nuestro primer hermano resucitado, te damos gracias por la Pascua de nuestro hermano Miguel Ángel; aunque esto nos signifique dolor, que lo podamos vivir como la mujer en su dolor de parto, o como la semilla que cae en la tierra y es fecunda. Jesús, vos sos la resurrección y la vida, sabemos que Miguel comparte ya tu resurrección. Que esta certeza en la fe, nos ayude como a tus discípulos de pasar de la tristeza y el temor a esa alegría tan grande que no se puede creer. Querido Miguel, hijo,

hermano, amigo, pastor bueno, gracias por tu vida generosamente y alegremente entregada. Te fuiste primero, te nos adelantaste; andá indicándonos el camino por donde ir, ya que ahora lo conocés bien; decile a Jesús resucitado que deseamos ser sus testigos alegres en medio de esta tormenta humana, que nos ayude a celebrar la vida nueva, como vos bien nos enseñaste a hacerlo, y como vos dijiste en tu final: "Que tengamos siempre la mirada puesta en la Pascua". Nuestro dolor es grande, pero estamos en paz, sigue siendo Pascua.

Monseñor Martín Fassi +